bre dolorida reclamaba la piedad de su mano blanca y la palabra de consuelo de su boca de apóstol.

Llega á Santo Domingo, y poco después ordénase fraile, el primero ordenado en América, y dice su primera misa en la Iglesia blanca de la Villa de Vega.

Allí contemplan sus ojos el tristísimo cuadro de los indios atados al yugo español, alli palpa, allí siente cómo la obra del descubridor había dado frutos de crueldad y de sangre en lugar de los frutos de bien y de paz con que soñara Isabel la Católica; escucha el azotar del látigo de los capataces en las espaldas cobrizas de los indios vencidos y él vá á ellos, á ofrecerles amparo, á restañar su sangre y á secar sus lágrimas.

Entonces empieza la obra de piedad de Bartolomé de Las Casas. De acuerdo con Velázquez, Gobernador de Cuba, empieza la labor activamente por el pronto mejoramiento de la triste condición de los indios.

Diríjese Las Casas á España á llevar la queja de aquellos criminales abusos cometidos por los conquistadores: ha muerto el Rey, su hijo Carlos no se ocupa entonces del Gobierno, y es Jiménez quien oye las amargas verdades del fraile sevillano y le acoje en su poder. Entonces, Jiménez envía á América tres monjes jerónimos que pongan fin á los desmanes de los españoles en Indias

Y se da á Las Casas un título que sólo él ha llevado, como solo ha llevado Lorenzo de Medicis el título de Magnífico: se le llama "el protector."

Mas apenas da principio á la obra redentora, nacen dificultades sin cuento, fruto natural de tantas ambiciones y de tantas maldades á las que el amor del fraile pretendía poner infranqueable barrera. Las Casas es odiado, Las Casas es maldecido: junto á la obra de redención aparece bien pronto la labor del martirio.

Hace Fray Bartolomé de Las Casas un viaje á España para el arreglo de estos importantísimos asuntos, entiéndese con los flamencos que no vacilan en darle oído, y vuelve á América portador de sabias disposiciones. Pero hay entre ellas una que arroja mácula en el nombre sin mancha de Fray Bartolomé: la de que sean traídos á Indias esclavos africanos que ocupen el lugar de los esclavos indios. Y entonces se culpó á Fray Bartolomé de Las Casas de haber traído á América la esclavitud negra.

Cosa es esta que no pudo evitar, falta que acaso él no creyera tan grande y cuyas consecuencias no pudiera preveer cegado como estaba por su afán de hacer bien á los indios, pasión que llenó su vida toda.

Pide tierras, en las pesquerías de perlas para hacer en ellas una colonia de indios, una colonia en la que los conquistados estuvieran bien lejos de los conquistadores implacables, donde no viesen en torno suyo más que rostros bondadosos y manos siempre tendidas á ellos, donde no oyesen más que palabras de amor y de esperanza. Solicitó que nadie, ni autoridad militar ni

autoridad civil, tuviesen ahí ingerencia alguna, y llevó para el gobierno de la colonia, cincuenta monjes domínicos á quienes visitó de un modo nuevo, para que en todo, aùn en la indumentaría, se distinguiesen de los demás españoles, para que aquel hábito fuese á los ojos de los indios promesa de su perdida felicidad.

Naturalmente el proyecto de Fray Bartolomé de Las Casas encuentra recìa oposición, se discute en todas partes, llega la discusión á la sala misma del Rey y allí triunfa el sacerdote sevillano y vuelve á América en 1520.

La inquina de los colonos y los encomendadores, que ven como se va poniendo valladar á sus ambiciones, malogra la noble idea de Fray Bartolomé, que desconsolado y pesaroso se refugia en el Convento de Domínicos de la Española.

El historiador Prescot achaca estos fracasos de Fray Bartolomé de Las Casas á falta de espíritu de organización, á falta de conocimiento del corazón humano. Con más astucia, con más audacia, puestas al servicio de aquel gran corazón y de aquella infinita piedad, acaso Fray Bartolomé de Las Casas hubiera conseguido mayores triunfos.

El fraile de Sevilla se hace monje domínico é ingresa al Convento. En "México á través de los Siglos" se asegura que Fray Domingo de Batanzos es quien logra este triunfo.

En el Convento de los Domínicos empieza Fray Bartolomé de Las Casas á escribir su célebre "Historia de Indias."

No se da reposo en tanto en la prédica del Evangelio y la lleva á todas partes, ansioso de conversiones y las logra en gran número en tierras de Nicaragua y Guatemala.

Llega el día en que Fonseca, Presidente del Consejo de Indias, hombre inepto que había sido obstáculo á los piadosos fines de Fray Bartolomé de Las Casas, deja su alto puesto para que lo ocupe Loaiza, confesor de Carlos, que da oídos á las quejas del incansable monje domínico.

Estas quejas son infinitas y ponen dolor en el corazón. Basta leer el libro en que hubo de presentarlas y que tituló: "Brevísima relación de la destrucción de las Indias" para comprender cuán necesaria se hacía ya la mano piadosa del monarca de España que detuviera las manos rapaces de los conquistadores de América.

Hay quien dice que Fray Bartolomé de Las Casas, ciego por su amor á los indios, dió exagerado colorido á aquellos cuadros de amarguísimo dolor: de todas maneras, aún restando tres cuartas partes á lo allí relatado, queda en la narración una inmensa dósis de dolorosa verdad Cada línea de ese libro, dice Prescot, está escrita con sangre.

No menos dolorosas son las narraciones que se leen en los libros de su "Historia de las Indias." Habla allí en lenguaje vibrante de santa indignación, de los indios en cueros, impotentes contra los hombres vestidos de hie-

rro, de las luchas desiguales en las que los arcos y las mazas nada podían contra los arcabuces y los espingardas, en las que los indios á pié eran arrollados por los hispanos montados en altivos corceles. Habla de la mansedumbre de los indios, y dice de ellos, y lo repite una y otra vez, que son modestos y de buen natural y de tierno corazón.

Narra cómo los españoles les matan sin necesidad, por que sí, por dar gusto á su cólera inacabable y dice que en más de una ocasión ha sabido de soldados que llegan por las noches á los aduares donde los indios duermen, y allí con ferocidad que avergonzara á los tigres de los juncales, arcabucean sin piedad á los dormidos.

Si los caciques tienen mujeres é hijas bellas, asegura, los hispanos las toman para su deleite, "para con ellas se amancebar," y luego de haberlas gozado, luego de haber saciado su lujuria en la carne morena que se estremeció de dolor bajo su lujuria al amparo de la callada tienda, las azotan las espaldas, las llaman sus criadas, las dedican á los más humillantes menesteres.

Clama contra los hispanos que desde que son conquistadores, no andan nunca á pie, sinó en hombros de los indios llevando en torno una corte de esclavos que les dan aire y sombra, con grandes hojas de árboles tropicales.

Pinta con sangrientos colores las recuas de indios, en marcha hacia las minas por los escabrosos senderos de las montañas, cargados más que asnos.

Clama, en fin, contra los artesanos ambiciosos venidos de España, que toman indias vírgenes por queridas y luego las emplean de oficialas en sus talleres para explotar sus fuerzas y su inteligencia tras de gozar de sus femeniles encantos; contra los soldados brutales que él vió más de una vez probar el filo de sus espadas en el cuello de los indios.

Habla de uno que de un saetazo mató á un indio porque tardó un instante en llevarle una carta.

Y aquella infinita maldad, aquella desmesurada infamia, aquella saña sin semejante, era á lo que quería poner coto Fray Bartolomé de Las Casas, varón piadoso que se rebelaba contra aquella cruel locura de sus compatriotas.

En 1542 cita á juntas para tratar estas interesantísimas cuestiones el Rey Carlos V, á esas juntas concurre Fray Bartolomé de Las Casas y mucho consigue para bien de los indios con los prodigios de su elocuencia.

Mucho de la labor de Fray Bartolomé de Las Casas hay en la colección de disposiciones publicadas en Barcelona en 20 de Noviembre de 1492 y después aumentadas en Valladolid en 4 de Junio de 1543.

En ellas se trataba de la conservación, buen trato y buen gobierno de indios; de que el Fiscal se encargase de las ordenanzas; de que no se hiciese de los indios vencidos miserables esclavos, de que no se les obligase á ir á la pesquería de perlas; de que se quitasen las encomiendas. Se ordenaba á los poseedores de esclavos sin título, que les diesen libertad y á los que tenían

indios á su servicio, se les prohibía que les cargasen como asnos, y en Valladolid se agregó la disposición de que los indios fuesen tan bien tratados como los españoles.

Naturalmente hubo en Indias oposición á estas pragmáticas. No se quiso cumplir con la ley y aquellas disposiciones no pasaron de hermosas utopías.

Por aquel entonces es propuesto Fray Bartolomé de Las Casas para el riquísimo Obispado de Cuzco, y el fraile sevillano porque no se le tachara de ambicioso se opuso á aceptarlo.

Se le propuso luego para el pobre Obispado de Chiapas y aceptó el nombramiento.

Había sido erigido este Obispado de Chiapas desde el año de 1538. En la Iglesia Mayor de Sevilla Fray Bartolomé de Las Casas es electo Obispo de aquella Diócesis en el año de 1543, y en el de 1544 embárcase rumbo á América en el Puerto de San Lúcar de Barrameda llevando consigo 34 sacerdotes, 5 diáconos y 5 legos.

Antes que él, había sido nombrado Obispo de Chiapas Juan de Arteaga, quien murió antes de ocupar su puesto.

Llega el Obispo á la Española y allí empiezan por negarle los subsidios de costumbre. Los españoles de Indias le odiaban y le temían á la par, pues que su piedad significaba un freno para sus ambiciones.

Los sacerdotes se echan á la calle y piden limosna para continuar su viaje; llegan á Campeche y son bien recibidos; divídese allí la misión y parten por mar á Tabasco. Llegan á Chiapas y apenas llegados empieza la dura contienda con los colonos y con los encomenderos.

En tanto los indios dan gracias al cielo por el envío de aquellos santos varones. Cuenta Remesal que cuando se anunció la venida de Las Casas, la muchedumbre oprimida exclamó: "es este el Obispo santo, el verdadero padre de los indios"

El mal trato que á los indios se daba en aquella región de la provincia, llena de dolor y de rabia el alma del piadoso catequista, y sueña con poner de una sola vez definitivo término á aquellos atentados contra todas las leyes divinas y humanas.

Y entonces en medio del general asombro, declara que serán negados los sacramentos á todo el que posea indios en esclavitud.

Mas no fué solo asombro lo que esta declaración produjo, entre aquella feligresía acostumbrada á servirse de los indios como de bestias de carga; no fué solo asombro lo que produjo la amenaza entre los que se enriquecían á costa del sudor y de la sangre de los indios que bajo el látigo de los capataces araban las tierras fecundas: una verdadera tempestad de desenfrenados rencores se desató contra el Padre Las Casas; á todas partes á donde él quiso ir á llevar la piedad de su apostolado, encontró al encomendero y al colono y al guerrero y al golilla, prestos á cerrarle el paso. Y allá, tras ellos, ante el

Padre Las Casas impotente y constristado, seguía la onda sangrienta y cobriza, aseatados los lomos en las labores por los dardos de un sol de fuego, dejando pedazos de carne en las resquebrajaduras de las montañas, á cuestas con el fardo del precioso metal, muy menos pesado que la carga de sus infinitos dolores.

Y, ¡cosa triste es decirlo! no solo el encomendero brutal, no solo el rapaz colono, no solo el guerrero cruel se oponían á la obra amorosa del gran monje domínico, que fueron también los suyos, los que como él predicaban la religión de la cruz, los que como él vestían hábito y habían hecho voto de piedad y de mansedumbre, los que pusieron todas sus fuerzas á contrarrestar la benéfica labor del amigo de los indios. O por vulgar envidia ó por ruín ambición, ello es que los frailes llegaron á ensañarse también contra el santo varón, y llega el día en que, con aquella inmensa obra á cuestas, el Padre Las Casas se encuentra abandonado en mitad de la general aversión.

En la misma Ciudad Real, Capital del Obispado de Chiapas, los vecinos se levantan en tumulto contra el padre Las Casas y aun se llega á atentar contra su vida. Después empieza á negársele todos los auxilios y amenaza á los frailes domínicos la tortura del hambre.

Cartas van á España en las que los vecinos del Obispado ponen en guardia al Rey contra la obra nefasta de Fray Bartolomé de Las Casas; en las que aseguran al Monarca que aquel domínico que se oculta bajo el hábito de la más grande mansedumbre, es un villano enredador, ambicioso é hipócrita, que trata de indisponer á los indios contra el Gobierno de la Corona.

Tras de las cartas van á España las comisiones, y la lucha se entabla, sañuda y sin cuartel entre los explotadores y el defensor, entre los atormentadores y el libertador.

Toca Las Casas todos los resortes, hecha mano de todos los recursos, no omite sacrificio ni escatima esfuerzo. Cuando tantas trabas se ponen á su apostolado, Las Casas se dirige á la Audiencia para pedirle que se deje á los frailes predicar libremente el Evangelio.

En la Audiencia se le dice: "sois un bellaco, mal hombre, mal fraile, mal obispo, desvergonzado que merecía ser castigado."

Así se paga su labor y así comprenden su misión. Siguen odios y más odios sembrando de amargura el vivir del Padre Las Casas, y él impasible, con la esperanza de arrancar su presa á la infamia de los conquistadores, sigue su labor ante el Rey, ante el Consejo, ante la Audiencia, en la calle, en el púlpito, en el libro.

Aparece entonces su piadoso volúmen "De única vocationis modo," sublime prédica de razón y de amor en la que en nombre de las más claras leyes de la naturaleza, pide que se tienda la mano al indio, hombre al fin y al cabo tan de carne y hueso como los españoles.

Los padres domínicos le dan ayuda en su empresa y hacen carta para el Rey, en la que se duelen del modo con que los nativos son tratados por los conquistadores.

En tanto otro fraile también, Motolinía, le hace sorda guerra y escribe de él que es hombre pesado, inquieto, bullicioso, injuriador y perjudicial.

De cuando en cuando parece como que al fin y al cabo empieza la redención de los indios. Tal sucede cuando la Junta de Obispos en México, para tratar definitivamente este escabroso asunto. Allí se manifiesta infinito amor por los nativos, allí se habla de redimirlos y de amarlos, y las nuevas leyes llevan á los vencidos un rayo de esperanza. Pero todo aquello, como dice el mismo Las Casas, no son sinó bellas disposiciones inútiles·

A pesar de todo ello, á pesar de tan ciega oposición, por sobre tanta mala voluntad, el Padre Las Casas y sus piadosos domínicos lograban derramar con su celo y su amor infinitos, exaltados hasta el más alto sacrificio, un poco de luz y de calma en el tristísimo existir de la raza vencida por la audacia infinita de Hernando el Conquistador.

Ante su hábito, severo y pobre, aplacose más de una vez la cólera del encomendero; sus palabras unciosas llevaron más de una vez la calma al espíritu pleno de rabia del guerrero brutal; sus manos gráciles hechas á la elevación de la hostia, detuvieron muchas ocasiones el látigo flagelador antes de que abriera surco de angustia en la espalda del indio.

Y así, con toda una vida dedicada á una sola misión, guiada por una pasión única, Fray Bartolomé de Las Casas ganó para toda una eternidad el título glorioso de "Protector General de los Indios."

Fray Bartolomé deja al fin el Obispado de Chiapas y torna á la patria lejana. En la Corte sigue su labor, como nos lo demuestra su controversia con Sepúlveda á propósito de estos mismos asuntos. Tan altos y bellos fueron sus argumentos, que obtuvieron los honores de la publicidad.

En la Villa de Madrid, en el año de 1569, rinde su tributo á la tierra este santo varón.

Moralista y reformador, tuvo, dicen sus historiadores, los defectos y las virtudes de todos los hombres de su especie. Tuvo durante su vida toda una gran obsesión, una inmensa pasión que se adueñó por completo de todas sus facultades, que hizo el monopolio de todas sus actividades, y acaso ello, vedándole el frío razonar, le hizo caer en el error más de una vez.

Dos son sus obras célebres, según sus biógrafos: "la "Historia General de las Indias" que se encuentra en el Museo de Madrid, y la "Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias," publicada en 1542 y reimpresa más tarde.

La "Historia General de las Indias," según antes hemos dicho, empezóla á escribir el Padre Las Casas, en su celda del Convento de los Domínicos.

Es toda ella un inmenso clamor contra la crueldad de los españoles. A este breve estudio hemos trasladado yá, aunque variándole la forma, algunas consideraciones sobre la situación de los indios hechas por el Padre Las Casas en su dicha historia, y por ellas podrán juzgar los lectores el espíritu de toda la obra.

Hay en ella, lo repetimos, una inmensa pasión. Consta que el Padre Las Casas, amigo del Gobernador Velázquez, á quien ayudó en la Isla de Cuba, odiaba á Hernán Cortés y á los que con él vinieron á la conquista de México. No es lejano, pues, que á esto se deba el que no pueda ser historiador imparcial de la vida y hechos de estos españoles en Indias.

Quintana y Lafuente, y con ellos casi todos los historiadores españoles, aseguran que el Padre Las Casas exageró más de una vez en sus narraciones, la miseria india y el mal trato que los nativos sufrían. De todas maneras, es imposible negar que la crueldad de los españoles con los conquistados llegó muchas veces á lo inconcebible.

Esta Historia de Indias la legó para su publicación al Convento de San Gregorio, recomendando que nadie la viese ni se publicase antes de 40 años. Sin embargo, se asegura que Herrera copió mucho de ella. Pasa al estudio de la Academia de la Historia, y los académicos la declaran mala é indigna de publicarse.

Aseguran sus comentaristas y ello es verdad, que Fray Bartolomé de las Casas fué un mediano escritor y no muy buen historiador, pues que para ello le faltó la imparcialidad y la frialdad en juzgar que para tal labor son necesarias; pero es innegable que en toda su obra, fiel espejo de su vida, resalta su inmensa virtud de varón piadoso y justo y aparece manifiesta su gran voluntad de luchador y reformador que, á pesar de tan ardua oposición, como tuvo siempre, no dejó de influír definitivamente en la legislación de Indias.

Este deseo de que su Historia General no se publicase sino después de 40 años de su muerte, consta en una copia que conserva la Biblioteca del Congreso de Washington.

Dan á luz esta historia por la primera vez, el Marqués de Fuensanta del Valle y Don José Sancho Rayón. El Padre Las Casas dedícala al Colegio de San Gregorio de Valladolid y con la dedicatoria encabeza el Libro segundo.

En cuanto á su otro libro, Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias, es aún más violento, más exagerado en sus pinturas y sus narraciones que en la Historia General de las Indias. Obra de polémica, obra de controversia, era natural que fuese así, apasionada y vibrante, dado el carácter del Padre Las Casas.

A estas dos obras hay que agregar, entre las suyas más conocidas, sus argumentos en la controversia con Sepúlveda y su libro "De única vocationes modo." Como los anteriores, cada una de sus páginas respira amor á los indios y odio á los atormentadores.

En Fray Bartolomé de Las Casas cúmplese el augurio de los viejos profetas de los indios, que á la sombra de las palmeras tropicales hablaran á los nativos de América de una religión de paz y de amor; él es el hombre blanco y bueno que debía venir con la plegaria en los labios, en los labios la palabra de bondad y de dulzura, en el pecho el amor al prójimo, la fe viva que hace milagros, á envolver en su hábito de piedad la desnudez dolorida de los conquistados.

Manuel Múzquiz Blanco.

COMPOSICION

LEIDA POR SU AUTOR EN EL TEATRO INDEPENDENCIA, LA NOCHE DE LOS

Juegos Florales.

Huérfano y pobre, fuí á buscar fortuna
lejos de estas montañas de esmeralda,
de jacinto y zafiro á cuya falda
tan dichosa rodó mi humilde cuna;

y extendiendo mis alas juveniles,
juzgando eternos sus pujantes vuelos,
contemplando otros montes y otros cielos
¡Insensato! gasté muchos abriles.

Como este río embravecido cuyo
correr furioso cuanto encuentra arrasa,
dejando, luego que se furia pasa,
desolación y luto en torno suyo;

de la social contienda en las reyertas
corrió mi vida intensa y agitada,
dejándome en el alma desolada
ruinas de afectos y esperanzas muertas.

Ya fatigado al fin y arrepentido
de malgastar mis fuerzas por do quiera,
en un bosque vecino á la ribera
del apacible Bravo hice mi nido;

y al lugar donde ví la luz del día
vengo de allí, con el cabello cano

para cantar la gloria de otro anciano
que hizo la cuna de la patria mía.

—

La historia es muy antigua: un siglo lleva
de hacerse repetir año tras año;
pero habla al corazón, y no es extraño
que año por año nos parezca nueva.

A la hora en que, exento de temores,
al sueño se entregaba el pueblo entero,
un capitán apuesto, caballero
en jadeante corcel, llegó á Dolores.

Llamó con ciertos golpes convenidos
del Curato á la puerta, que al instante
abrió paso al nocturno visitante;
¡Padre! dijo al entrar, somos perdidos!

¿Qué pasa, Juan? Que la Corregidora
nos avisa que estamos delatados
y que pronto seremos arrestados.
Dios ha querido adelantar la hora,

dijo el Cura, y gritó: ¡Ignacio! ¡Mariano!
¡todos, venid, armaos al instante!
y se arrojó á la calle por delante
llevando una pistola en cada mano.

La cárcel y el cuartel poco apartados
se hallaban del curato, y sin premura,
libertar á los presos pudo el Cura
y sublevar Allende á los soldados.

Amanece. El badajo á misa llama;
pronto la gente acude á su tañido:
y el Párroco, en guerrero convertido,
dice, en vez de sermón, esta proclama:

"Hijos míos, en nombre del Eterno
que á emanciparnos me ayudéis os pido:
¡Abajo el despotismo constituído!
¡viva América! ¡muera el mal gobierno!"

Un grito de alegría, y de impaciencia
reconcentrada en los esclavos pechos,
del templo resonó en los altos techos
pidiendo ¡Libertad! ¡Independencia!

Y aquel audaz motín, sin plan siquiera,
fué el cincel cuyo golpe rompería
la ominosa cadena que tenía
al águila de Anáhuac prisionera.

El león castellano furibundo
á lanzarse sobre ella se apresura;
pero tarde, ya el águila en la altura
se mecía orgullosa sobre el mundo.

Pasa un siglo, y habrán pasado ciento
en el curso fatal de las edades,
caerán generaciones y ciudades,
y seguirá cerniéndose en el viento.

Y libre siempre volará: el menguado
que de sus plumas á una sola atente
será, cual la simbólica serpiente,
por su pico y sus garras destrozado.

—

Aquella flota que Cortés hundiera
resurgió desde el fondo de las olas,
y se llevó á las playas españolas
para siempre la ibérica bandera;

Mas de Cortés y Malinzín nacida,
la sangre mexicana ha sublimado
su origen belicoso, y se ha regado
en inútil contienda fratricida:

de dos heróicas razas heredada,
obtuvimos indómita bravura;
y faltos de experiencia y de cordura
sólo supimos manejar la espada.

Pero tanto luchar cansó los brazos,
dejando el campo libre á la cabeza;
y el patriotismo á transformar empieza
los bárbaros combates en abrazos.

El Tiempo es un plebeyo cachazudo
que á conseguir su fin marcha derecho
sin mirar hacia atrás: un siglo ha hecho
lo que la noble espada nunca pudo.

Hoy el pueblo de México, olvidado
de los rancios tizonas y broqueles,
requiere la batuta, los pinceles,
la lira, la palanca y el arado.

Y á la madre que tanto aborrecía,
por los rigores que gastara antaño,
á viejos odios de familia extraño
hoy un beso filial, grato, le envía:

que si España es la madre que envejece
y México es el hijo que adelanta,
mientras más ese hijo se levanta
más respeto su madre le merece.

Sólo una nube, en este fausto día,
el claro cielo de su gloria empaña,
y es ver que afligen á la madre España
las luchas intestinas todavía.

Plegue á Dios que, al pasar la nube sola
que entristeciendo su ventura queda,
á la que fué su madre decir pueda:
¡Salve, hermana República Española!

—

A entonar este cántico atrevido
en honor del que libres nos hiciera
á mis viejas montañas he venido:
cumplida la misión, me vuelvo al nido
que tengo allá del Bravo en la ribera.

José Arrese.

para cantar la gloria de otro anciano
que hizo la cuna de la patria mía.

—

La historia es muy antigua: un siglo lleva
de hacerse repetir año tras año;
pero habla al corazón, y no es extraño
que año por año nos parezca nueva.

A la hora en que, exento de temores,
al sueño se entregaba el pueblo entero,
un capitán apuesto, caballero
en jadeante corcel, llegó á Dolores.

Llamó con ciertos golpes convenidos
del Curato á la puerta, que al instante
abrió paso al nocturno visitante;
¡Padre! dijo al entrar, somos perdidos!

¿Qué pasa, Juan? Que la Corregidora
nos avisa que estamos delatados
y que pronto seremos arrestados.
Dios ha querido adelantar la hora,

dijo el Cura, y gritó: ¡Ignacio! ¡Mariano!
¡todos, venid, armaos al instante!
y se arrojó á la calle por delante
llevando una pistola en cada mano.

La cárcel y el cuartel poco apartados
se hallaban del curato, y sin premura,
libertar á los presos pudo el Cura
y sublevar Allende á los soldados.

Amanece. El badajo á misa llama;
pronto la gente acude á su tañido:
y el Párroco, en guerrero convertido,
dice, en vez de sermón, esta proclama:

"Hijos míos, en nombre del Eterno
que á emanciparnos me ayudéis os pido:
¡Abajo el despotismo constituído!
¡viva América! ¡muera el mal gobierno!"

Un grito de alegría, y de impaciencia
reconcentrada en los esclavos pechos,
del templo resonó en los altos techos
pidiendo ¡Libertad! ¡Independencia!

Y aquel audaz motín, sin plan siquiera,
fué el cincel cuyo golpe rompería
la ominosa cadena que tenía
al águila de Anáhuac prisionera.

El león castellano furibundo
á lanzarse sobre ella se apresura;
pero tarde, ya el águila en la altura
se mecía orgullosa sobre el mundo.

Pasa un siglo, y habrán pasado ciento
en el curso fatal de las edades,
caerán generaciones y ciudades,
y seguirá cerniéndose en el viento.

Y libre siempre volará: el menguado
que de sus plumas á una sola atente
será, cual la simbólica serpiente,
por su pico y sus garras destrozado.

—

Aquella flota que Cortés hundiera
resurgió desde el fondo de las olas,
y se llevó á las playas españolas
para siempre la ibérica bandera;

Mas de Cortés y Malinzín nacida,
la sangre mexicana ha sublimado
su origen belicoso, y se ha regado
en inútil contienda fratricida:

de dos heróicas razas heredada,
obtuvimos indómita bravura;
y faltos de experiencia y de cordura
sólo supimos manejar la espada.

Pero tanto luchar cansó los brazos,
dejando el campo libre á la cabeza;
y el patriotismo á transformar empieza
los bárbaros combates en abrazos.

El Tiempo es un plebeyo cachazudo
que á conseguir su fin marcha derecho
sin mirar hacia atrás: un siglo ha hecho
lo que la noble espada nunca pudo.

Hoy el pueblo de México, olvidado
de los rancios tizonas y broqueles,
requiere la batuta, los pinceles,
la lira, la palanca y el arado.

Y á la madre que tanto aborrecía,
por los rigores que gastara antaño,
á viejos odios de familia extraño
hoy un beso filial, grato, le envía:

que si España es la madre que envejece
y México es el hijo que adelanta,
mientras más ese hijo se levanta
más respeto su madre le merece.

Sólo una nube, en este fausto día,
el claro cielo de su gloria empaña,
y es ver que afligen á la madre España
las luchas intestinas todavía.

Plegue á Dios que, al pasar la nube sola
que entristeciendo su ventura queda,
á la que fué su madre decir pueda:
¡Salve, hermana República Española!

—

A entonar este cántico atrevido
en honor del que libres nos hiciera
á mis viejas montañas he venido:
cumplida la misión, me vuelvo al nido
que tengo allá del Bravo en la ribera.

José Arrese.

La Velada de los Juegos Florales.

HERMOSA FIESTA DE BELLEZA Y DE ARTE
FUE LA DE ANOCHE.

APOTEOSIS.

El grandioso festival con tanta ansia esperado; el aureo broche, coronamiento de un torneo por vez primera visto en Monterrey. y que es encarnación del alma fraternal que ha unido á mexicanos y españoles, tuvo lugar anoche, en el Coliseo Independencia.

Su graciosa Magestad Consuelo I, rodeada de su Corte de Amor, entregó á Celedonio Junco de la Vega el premio de su talento; premio que el trovador laureado recibió de manos de su Reina, gloriosamente arrullado por el batir alegre de las palmas prodigadas espontáneas y que encarnó en la Flor Natural el espíritu símbolo de aquel torneo de Arte.

Fué esta fiesta una nota hermosísima, un acontecimiento digno de ser admirado, el momento aquel en que el alma del Poeta se ensanchaba de legítimo orgullo al sentir la caricia esplendente, la satisfacción luminosa de su triunfo, ganado como bueno en una Justa Intelectual.

Y el cuadro que tenía que ser por fuerza hermoso, como bello es todo lo que significa armonía y luz, evocaba en sus escenas reverberantes de leyenda los tiempos ya lejanos en que el caballero prendado de su Dama y su Dios, abatía la altivez de su gloria poniendo una rodilla en tierra para recibir una sonrisa, en tanto que las trovas de promesa y de amor aleteaban como mariposas niveas en el ambiente regio y perfumado de la estancia.

El ceremonial de los Juegos fué á satisfacción cumplido. Nunca un ambiente de más alta arrogancia había respirado la ciudad de las fábricas, y jamás reina alguna tuvo tantas simpatías ni trovador guerrero más ovaciones. Fué el Teatro Independencia un luminoso Alcázar donde se destacaba un trono y fué en su recinto idealizado donde se dió cita la creme aristocrática de nuestra bella sociedad reinera.

Dió principio el festival á la hora convenida, y al compás del preludio obertura que anunciara como heraldo armonioso la entrada al regio salón, el escenario quedó descubierto, lujosamente adornado, con los escudos y enseñas mexicanas y españolas á los costados y en el centro el Trono vacío. Estaba éste sobre un elegante estrado y bajo dosel, rodeado del mobiliario indispensable para la Corte de Amor. A la derecha la Mesa Presidencial: á la izquierda la del Mantenedor. En la primera estaban el Sr. Gobernador del Estado que presidió la fiesta y Sres. Martín Vizcaya, Joaquín Armendaiz, José Pío Lagüera y Ricardo Verde; en la segunda el Mantenedor de los Juegos Dr. Rafael Garza Cantú y los Sres. José Arrese, Francisco Morales, Enrique Miguel, Ramón Marty, Gustavo Jiménez y Juan Echaniz Barrena.

El Sr. Gobernador dió la señal de quedar abierta la sesión y cedió la palabra al Sr. Secretario del Centro, quien en correcta frase hizo una ligera reminiscencia de nuestra Gran Epopeya, poniendo el alma de España al lado de la nuestra y dando al Sr. Gobernador las gracias por haber dirigido el festival y á todas las personas que prestaron su contingente. En seguida dió principio á la lectura de un detallado memorial, historia del Certamen. Al mencionarse el nombre del Poeta vencedor una comisión integrada por los Sres. Enrique Miguel y Gustavo Jiménez fue en su busca, acompañándolo al escenario en medio de una ruidosa salva de aplausos Proclamado en este acto el nombre de la Soberana de los Juegos, el Sr. Luis Mercader le ofreció el brazo y la acompañó á su trono. Precedían la regia marcha los Heraldos y Pajes de la Corte, y cerraban el desfile las Damas de Honor acompañadas de sus respectivos chambelanes. Una marcha triunfal desgranaba sus notas en la magestuosa sala del Torneo y un entusiasmo delirante conmovía el salón.

Con el permiso respectivo, el Sr. Junco de la Vega pronunció la composición laureada. Y al conjuro de su voz, cómo vimos surgir á esta gran ciudad fundada por nuestros conquistadores, del polvo de los siglos, para levantarse hoy esplendente y magnífica, rica en bellezas y grande en la lucha del diario batallar.

El poeta fué aclamado, fué delirantemente aplaudido y después de recibir su premio, felicitado personalmente por el Sr. Gobernador.

En este momento el Sr. D. Rafael Garza Cantú, Mantenedor de los Juegos, dió principio á su discurso. Con palabra fácil y con galanura en el decir, nos habló de lo que significan estos Juegos, de su historia, de su literatura y de su perdurable duración. Y nos recitó trozos bellísimos de romances selectos, en que el alma de los Juegos Florales palpitaba á traves de los siglos caballerescos y guerreros.

El Sr. Lic. Francisco de P. Morales, dió lectura á dos de las composiciones presentadas á concurso, una del Sr. Rafael de Zayas Enríquez y otra del Sr. Joaquín Méndez Rivas.

Y luego le tocó su turno al Sr. José Arrese, al querido vate ha tiempo ausente á quien ya la nieve de los años cubre la frente, y que según propia expresión:

. . . . . venía
Para ensalzar la gloria de otro anciano
Que hizo la cuna de la Patria mía."

Su composición fué la misma que pronunciara en la fiesta inaugural del Teatro y fué ruidosamente ovacionado.

La fiesta ha ya pasado; la hermosa nota de arte se fué como todo lo que existe y solo quedó en el alma el perfume de sus glorias, la bondad de sus reinas, la belleza de sus damas, el apoteosis del poeta.

El Centro Español debe estar satisfecho, debe pasar sobre sus miembros una ráfaga de esa conmoción inexplicable que acompaña á los grandes acontecimientos y que engendra más alientos para nuevas luchas.

Ojalá que éstas, como allí se dijo, se repitan con frecuencia. Sería una gran ayuda para nuestro medio casi yerto para el Arte, frío para las emociones de lo bello y sí abierto y educado solo para la gran batalla de la vida. Como si el cuerpo que trabaja no necesitara el descanso, deleite del alma que le inspira; como si todo fuera solo fuego y ruido y nada, luz y armonía.

La buena acogida que los Juegos Florales tuvieron, es una revelación; algo como si una voz unánime pidiere á grandes voces alimento del alma, vida del intelecto, apoteósis sublime del espíritu.

Que así sea, y mientras tanto vaya un último aplauso de este diario humilde cuyos representantes salieron de la fiesta altamente impresionados, gratamente satisfechos.

De "El Noticiero."

EL MAS BRILLANTE ACONTECIMIENTO
DE LAS FIESTAS PATRIAS,
FUE LA FIESTA DE LA INTELECTUALIDAD:

Los Regios Juegos Florales.

Nuestra sociedad se ha conmovido intensamente, emocionada ante un acontecimiento grandioso, quizá el que ha producido más grandes sensaciones y el que por la fuerza de la lógica ocupa el lugar de preferencia y que debe titularse la fiesta de las fiestas.

Todo lo que Monterrey tiene de grande, de elevado, de selecto en su intelectualismo, ha resplandecido, se ha abrillantado, se ha manifestado en su más alto valer, en el más puro concepto de su virtuosidad.

Débese esta manifestación de la cultura linguística nuevoleonesa á la Colonia Española, la que representada por el Centro Español de Beneficencia, Fomento y Recreo, ha sido creadora de los Juegos Florales, que han prestado ocasión á nuestros hombres de letras para lucir las galas de su plectro, nutrido en la sabia lengua madre.

Tan magno acontecimiento amerita un esfuerzo superior por parte de este periódico, siempre atento á la evolución del intelecto, y por eso dedicará una página especial en su edición dominical, á tan brillante suceso; mas para no faltar á nuestra tarea de diaristas, vamos á consignar á grandes rasgos los actos más salientes de la regia fiesta de las letras.

A las 9.15 cuando el soberbio Teatro de la Independencia daba abrigo á todo lo que más descuella en la sociedad regiomontana, se levantó el telón estando el proscenio severamente decorado, presentando en su centro el regio trono que debía ocupar la Reina de la fiesta, y los sitiales destinados á las damas de la Corte de Amor.

Cerca del palco proscenio estaban las mesas presidenciales ocupadas en la siguiente forma:

En la derecha y en el lugar de preferencia el Sr. Gobernador del Estado, General y Lic. D. José María Mier, teniendo á su derecha á los Sres. Ricardo Verde, José Pío Lagüera y Joaquín Armendaiz; y á la izquierda á los Sres. Martín Vizcaya y Luis Mercader.

A la izquierda del escenario estaban los Sres. Enrique Miguel, Lic. Francisco de P. Morales, Gustavo Jiménez, Ramón Marty, Dr. Rafael Garza Cantú y Juan Echániz.

Saludada esta distinguida comitiva con una ovación general se tocó una brillante obertura y acto contínuo el Sr. Pío Lagüera leyó con voz sonora y clara las bases del Concurso, la notificación notarial del fallo del Jurado y dió por fin el nombre del laureado y distinguido poeta Celedonio Junco de la Vega, nombre que fué recibido con una gran salva de aplausos que atronaban el teatro.

Una distinguida comisión bajó á la sala, por el poeta y le subió al proscenio donde momentos después recitó una florida poesía llena de bellezas y de filigranas. Declaróse Reina de la Fiesta á la Srita. Consuelo Garza Fox, merecedora por mil títulos de tan alta distinción.

La Reina elegida fué elevada al trono, en medio de una ovación estruendosa, desbordante, inmensa.

Estaba radiante de belleza y vestía un regio traje deslumbrador.

La seguían sus damas de honor, escogidas con admirable acierto entre las más preciadas joyas de la aristocracia regiomontana.

Eran las Sritas. Otilia Mier, Anita Gorostieta, Consuelo Belden, Emelina de Fuentes, Clotilde Rivero, Berta Hellion, Lala Muguerza, María Teresa Rosas, Aurora Sepúlveda, Lydia Bridge, Mercedes Treviño, Angelina Cantú Zozaya, Aurora Hernández, Aurora Vizcaya, Rosario Albo y Antonia Ayala, acompañadas de sus respectivos chambelanes los Sres. Manuel E. Gómez, Luis Sada, Luis Mercader (h.), José Hernández, Valentín E. Treviño, Lorenzo Zambrano, Alfonso del Mármol, Manuel Rivero, Isaac Garza Sada, Gustavo Treviño, Roberto G. Sada, José Rivero Fernández, José Barrenechea, José F. Ortiz, Guillermo Jiménez y Gonzalo Llaguno.

Instalada la regia Corte, el Sr. Dr. D. Rafael Garza Cantú, gloria de las letras nuevoleonesas, pronunció un elocuentísimo discurso que impresionó grandemente al auditorio.

En seguida el Sr. José Arrese, con ese lenguaje propio de los grandes ingenios castellanos, habló en sonoros y castizos versos de la cruenta epopeya de nuestra Independencia y fué abrumado por los aplausos del público

Se leyeron en seguida dos de las más meritorias composiciones recibidas en el concurso, comisión que estuvo á cargo del inteligente y distinguido literato Sr. Lic D. Francisco de P. Morales, quien hizo resaltar el mérito de las composiciones por la impresión que supo imprimirles por lo que fué ruidosamente aplaudido.

Así terminó tan selecta velada á la cual, como hemos dicho, consagraremos una página especial, en la que publicaremos las composiciones leídas que bondadosamente se nos han ofrecido por sus autores.

Entre tanto, comenzamos á publicar hoy algunas de las piezas literarias que entraron á concurso.

De "El Monterrey News."